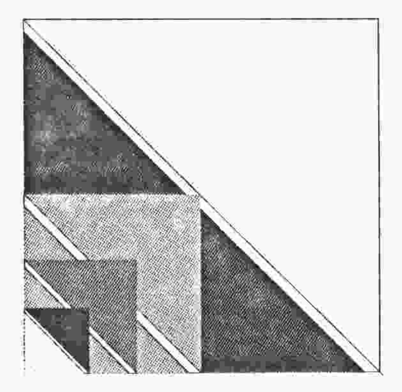
Artículos



En defensa de la Sociología[1]

Anthony Giddens

Hay algo con la sociología que resulta más desconcertante de lo que pudiera ocurrir con cualquiera de los otros campos académicos. La economía puede ser una ciencia deprimente, repleta de términos oscuros que pocos pueden entender, y a simple vista irrelevante para las tareas prácticas que exige el diario vivir. Pero a la sociología además de los cargos habituales- difusa y carente de un objeto bien definido y de un núcleo coherente, y expresada en una jerga incomprensible - se le añaden algunos más. ¿Qué obtiene usted del cruce de un sociólogo con un miembro de la mafia? Por lo pronto algo que usted no puede entender.

¿Qué pasa con la sociología? ¿Por qué resulta tan irritante para tantas personas? Algunos sociólogos están tentados a responder: es pura ignorancia; otros dirán: miedo. ¿Por qué miedo? Porque ellos tienden a pensar en su propio objeto como peligroso y a la vez frustrante. La sociología, afirman, no sin orgullo, tiende a subvertir lo establecido: desafía las verdades establecidas acerca de nosotros mismos como individuos y acerca del contexto social más amplio en el que vivimos. Tiene unos nexos muy directos con el radicalismo político. En los años 60 dicha reputación llegó a su máximo, y los hechos parecieron confirmar a quienes así piensan a la disciplina.

Pero a decir verdad, aún durante esa década y a comienzos de los 70 la sociología no tenía porqué ser asociada intrínsecamente con la izquierda, y menos aún con los revolucionarios. De hecho algunas de las críticas que se le dirigían provenían

---

[1] Artículo tomado del libro del mismo título: In defence of Sociology - Essays, Interpretations and Rejoinders, Polity Press, London, 1996. La traducción es de Fernando Cubides, Profesor del departamento de Sociología de la Universidad Nacional, adscrito al Instituto de Estudios Políticos (IEPRI).

de marxistas que lejos de considerarla una ciencia subversiva, la veían como el epítome del orden burgués que tanto les desagradaba.

En algunos de los aspectos de su desarrollo como disciplina y a lo largo de su historia se ha tendido más bien a atribuirle nexos con la derecha en política. Max Weber, comúnmente admitido como uno de sus fundadores y clásicos se inclinaba más a la derecha que a la izquierda y en su tiempo fue encarnizadamente atacado por los revolucionarios de entonces. Tanto Vilfredo Pareto como Robert Michels coquetearon con el fascismo italiano al final de sus vidas. La mayor parte de los sociólogos han sido liberales por temperamento y por inclinación política: Emilio Durkheim, por ejemplo, y en las generaciones más recientes otro tanto se puede afirmar de R.K. Merton, Talcott Parsons, Erving Goffmann y Ralf Dahrendorf, entre varios de los pensadores sociológicos más destacados.

La sociología pasa por tiempos difíciles en el país en el que durante mucho tiempo tuvo el mayor de los desarrollos, los Estados Unidos. Un destacado sociólogo norteamericano, Irving Louis Horowitz publicó recientemente un libro titulado *The decomposition of Sociology*, en el que nos da cuenta que «es más la pena que el orgullo lo que me llevó a escribirlo». La disciplina, afirma Horowitz, ha perdido buena parte de su encanto. Recientemente tres departamentos de sociología han sido cerrados, incluyendo uno muy reconocido, el de la Universidad de Washington, al cual el propio Horowitz estuvo vinculado alguna vez. Otros, como el de la Universidad de Yale, el más antiguo de los Estados Unidos, ha visto reducidos sus recursos a la mitad.

La cifra de la matrícula estudiantil a nivel de pregrado ha decrecido de manera sostenida desde la década de los 70. De una cifra record de 36.000 estudiantes en 1973 se ha pasado a menos de 15.000 en 1994. Según Horowitz sin embargo ese descenso en la matrícula estudiantil no guarda relación con las oportunidades laborales del sociólogo, ni con la calidad de sus trabajos. Está más relacionado con el *status* intelectual de la disciplina. La sociología, afirma él, no siempre estuvo asociada a los temas políticos cruciales del momento, y dicha asociación solo fue percibida como evidente desde mediados de los 60. Es a partir de entonces que se la considera el epicentro de la inconformidad, el hogar de todo tipo de descontentos y de reivindicaciones: desde los derechos de los homosexuales a la teología de la liberación. La sociología se está descomponiendo pues ha llegado a ser aquello que sus críticos decían que era: una seudociencia y a raíz de eso se percibe una tendencia a migrar por parte de los científicos más respetables y empíricamente orientados hacia otros campos disciplinarios cuyas áreas de conocimiento son más circunscritas: planeamiento urbano, demografía, criminología o jurisprudencia. El deterioro de la sociología no implica pues la desintegración de la investigación social, que en

muchos dominios es incluso floreciente, pero buena parte de esa investigación es empirismo puro, carente de cualquier orientación teórica significativa. Lo que puede haber desaparecido entonces es la capacidad de los sociólogos para proveer un núcleo o centro unificador de las distintas ramas de la investigación social.

La clausura del departamento de Sociología de la Universidad de Washington, entre otros, ha provocado u candente debate en los Estados Unidos, y el libro de Horowitz viene siendo apenas una de las piezas de ese debate. William Julius Wilson, bien conocido por sus trabajos sobre la pobreza urbana, afirma por ejemplo que la sociología se ha ido desligando de los temas claves de la agenda pública y que debería concentrarse en ellos, en los asuntos de política práctica. Después de todo hay una cantidad de problemas a estudiar con tantas ciudades en condiciones precarias, con las divisiones entre negros y blancos tan marcadas y tan tensas como siempre y con los niveles de violencia que existen.

¿Está la sociología en un marasmo? Y si la respuesta es afirmativa, ¿es ese un fenómeno peculiarmente norteamericano o mundial? O en últimas ¿Es la sociología el batiburrillo de cosas que sus críticos han afirmado siempre que es?

Ocupémonos primero de la vieja chanza según la cual la sociología no tiene un campo definido de investigación. En verdad, y si juzgamos por lo que hacen sus practicantes, el campo de la sociología es tan poco definido como el de cualquiera otra área académica. Consideremos por ejemplo la historia. Como disciplina tiene un objeto general que es obvio, o que al menos lo parece : el pasado. ! Pero el pasado abarca todo. No hay deslindes u objetos definidos de manera más circunscrita y unánimemente aceptados y la historia como disciplina está tan atravesada por disputas metodológicas acerca de su naturaleza y su objeto como la sociología lo ha estado desde siempre.

La sociología es una disciplina generalizante que tiene que ver ante todo con la modernidad, es decir con el carácter y la dinámica de las sociedades industriales. Comparte entonces muchas de sus estrategias metodológicas, y muchos de sus problemas, con el resto de las ciencias sociales. Si aceptamos que no hay duda alguna acerca del carácter real de los temas empíricos de investigación, tenemos que de todas las ciencias sociales la sociología se ocupa de una manera más directa con aquellos temas que nos afectan en la vida diaria: las pautas de urbanización, el crimen y la manera de refrenarlo, el género, la familia, la religión, el poder económico y social.

Si aceptamos que la investigación y el pensamiento sociológico son más o menos indispensables en la sociedad contemporánea, es difícil hallarle sentido a aquella crítica que afirma que la sociología es poco ilustrada, que consiste en tomar los

lugares comunes y traducirlos a una jerga inaccesible. Así haya aspectos de sus investigaciones que puedan ser cuestionados, nadie podría argumentar que no es pertinente ocuparse, por ejemplo, de la diversa incidencia del divorcio en distintos países, los sociólogos se han comprometido con la investigación de problemas que son reconocidos como interesantes, más aún, importantes, por los observadores más neutrales.

Hay sin embargo una razón más sutil para que la sociología aparezca proclamando aquello que es obvio para el sentido común. Y consiste en que la investigación no puede, y no debe, desligarse del mundo social que describe. La investigación social forma parte de nuestra conciencia común de una manera tan acendrada que por ello la consideramos dada. A tal punto dependemos hoy de lo que nos ofrece la investigación social que por eso precisamente tendemos a considerar lo que nos ofrece como sentido común o «lo que todo el mundo sabe». Todo el mundo parece saber, por ejemplo, que las tasas de divorcio son más altas en las sociedades de nuestros días, y ese «conocimiento obvio» ha sido producido por algún tipo de investigación social, ya sea que la hayan adelantado investigadores gubernamentales o sociólogos académicos.

Por una especie de fatalidad la sociología tiende a ser considerara hoy menos original, y menos central para nuestra existencia social, de lo que realmente es. No solo la investigación empírica, sino aspectos esenciales de la teoría sociológica, conceptos fundamentales, han llegado a ser parte de nuestro bagaje cotidiano, de nuestro repertorio común a tal punto que pueden parecer «lugares comunes» o «puro sentido común». Mucha gente se pregunta, por ejemplo, qué tan ***carismático*** es tal o cual líder, discurre sobre el ***pánico moral***, o indaga por el ***status*** social de alguien, sin ser conscientes de que todas esas nociones provienen del discurso sociológico.

Las anteriores consideraciones, obviamente no nos ayudan a explicar por qué la sociología se halla en la declinación actual respecto de su período de auge en los años sesenta. Las cosas han cambiado para la sociología en los últimos treinta años, pero no siempre para mal. Por ejemplo el epicentro se ha desplazado de nuevo. La sociología norteamericana predominó en la sociología mundial hasta no hace mucho, pero ya no predomina. En particular en lo que hace a la teorización, el centro de gravedad está fuera de los Estados Unidos, y parece haber retornado a Europa. Los más importantes pensadores sociológicos de hoy son europeos y bastaría mencionar a Pierre Bourdieu, Niklas Luhmann, o Ulrich Beck.

La sociología en los Estados Unidos parece aquejada de una superprofesionalización, con grupos de investigación concentrados en su parcela,

con escaso interés en lo que hacen los restantes. Cada uno de los sociólogos norteamericanos tiene un «campo» y cualquiera que sea la especialidad es ella la que define la identidad del sociólogo. La manía por la cuantificación a ultranza («Quantophrenia») sigue en auge en los departamentos de sociología en Norteamérica; para la mayoría si Ud. no puede cuantificar algo ese algo es insignificante, y el resultado de esa actitud es en últimas una creciente falta de creatividad.

En gran medida se justifica el consejo de William Julius Wilson a los sociólogos acerca de que deben comprometerse en un tipo de investigación que sea de inmediato relevante para la agenda de políticas públicas y a participar de una manera directa en los debates que suscite su trabajo. Después de todo muchos de los asuntos que están a la orden del día en la discusión política son sociológicos en su sentido más profundo: el bienestar social, la criminalidad, la situación de la familia. El trabajo de los sociólogos es relevante no porque de él se deriven tipos particulares de acción política, sino porque ayuda a discernir las consecuencias de una u otra política que se llegare a adoptar en seguimiento de sus recomendaciones.

Al conectar de nuevo la sociología con los temas claves de la agenda de políticas públicas ¿no estaríamos respondiendo de una manera efectiva a las afirmaciones acerca de la así llamada decadencia de la sociología? de llevarlo a cabo ¿Qué podríamos decir acerca de lo que Horowitz llamó la disgregación o descomposición de la sociología? ¿Seguiríamos considerando a la disciplina carente de un núcleo conceptual y en peligro de dispersarse en una serie de especialidades sin conexión entre sí? ¿Sus autores más innovadores tenderían a migrar? y tal vez lo más importante: ¿seguiríamos afirmando que ha perdido su atractivo?.

Si uno compara la sociología con la economía tiene que admitir que la sociología es mucho más diversa internamente. En la economía existe una variedad de escuelas de pensamiento y de enfoques teóricos, pero la escuela neoclásica tiende a dominar casi en todas partes, y sus desarrollos prácticos tanto como sus nociones principales son las que prevalecen en los textos introductorios de la disciplina. En la sociología no se da un predominio semejante de un enfoque teórico, pero eso debe considerarse más una fortaleza que una debilidad.

No creo que esa diversidad conduzca a la dispersión, sino que mas bien habla del pluralismo que es indispensable cuando se estudia un asunto tan complejo y controversial como el comportamiento humano y las instituciones en cuyo marco se da.

Por lo demás, ¿Hay alguna evidencia de académicos de vocación y talentosos que una vez estuvieron atraídos por la sociología y que ahora hayan migrado a otros campos? No hay duda alguna que en los años 60 muchos fueron atraídos por la

sociología porque vieron en ella, si no el camino directo a la revolución, uno que podía tender hacia allá. Pero la mayoría de esos individuos no hubieran estado interesados en una carrera que se mantuviera en los marcos de la academia. Más importantes son en cambio aquellos factores que afectaron al mundo académico como un todo, y no en particular a la sociología. Muchas personas talentosas que hubieran podido interesarse en una carrera académica, hoy no lo están y ello debido sobre todo al drástico descenso de los salarios del sector académico, y a que en las universidades las condiciones laborales se han deteriorado.

Y aun así podría afirmarse, para el caso de la sociología en la Gran Bretaña, que se encuentra en mejor situación que en las generaciones previas. Comparemos por ejemplo la situación de la sociología con la de la antropología. En los primeros años de la postguerra la antropología británica contaba con profesionales de prestigio a nivel mundial, y no se hubiese podido hallar para entonces un sociólogo mínimamente conocido.

Ahora en cambio las cosas se han invertido. Hay pocos antropólogos, si es que hay alguno, que puedan mostrar realizaciones comparables a las de la anterior generación. La sociología británica en cambio ofrece un conjunto de individuos de amplia reputación mundial como John Goldthorpe, Steven Lukes, Stuart Hall, Michèle Barret, Ray Pahl, Janet Wolf y Michael Mann.

Más aun, en términos estadísticos la sociología no está declinando aquí, a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos. El examen de estado (A-level) orientado a la sociología es muy popular en este país. Las admisiones universitarias, en el peor de los casos, se mantienen estables, rasgo notable si se lo compara con la oscilación que se registra para otras profesiones.

Aun cuando no todo es color de rosa para la sociología, ¿qué se pude prever en adelante? Los fondos para la investigación social han disminuido en forma constante desde los años 70. Y sin duda él trabajo empírico no tiene magnitud ni la importancia que tuvo. Pero aún así es difícil afirmar que la sociología está intelectualmente desorientada, o desfasada de los problemas importantes, especialmente si un considera el asunto con una perspectiva internacional. La mayoría de los debates intelectualmente significativos, tanto en las ciencias sociales como en el conjunto de las humanidades, tienen un componente sociológico determinante. Los sociólogos han liderado, por ejemplo, las discusiones sobre la postmodernidad, la sociedad postindustrial, acerca de la sociedad de la información, acerca de los efectos de la globalización, de la transformación de la vida cotidiana, el género y la sexualidad, la naturaleza cambiante de las relaciones laborales, la «subclase» y la etnicidad.

Y aun así hay derecho a preguntarse: ¿Qué dirección tendrán esos cambios? ¿Qué añaden a la situación previa? Sin duda hay mucho trabajo sociológico por hacer; tanto en la investigación empírica, como en los desarrollos teóricos. Más que cualquier otro esfuerzo intelectual, la reflexión sociológica es central para aprehender las fuerzas sociales que afectan y reestructuran nuestra vidas hoy en día. La vida social ha llegado a ser episódica, fragmentada y asediada con nuevas incertidumbres, y el pensamiento sociológico creativo debe ayudarnos a entender esas muevas tendencias. La afirmación de William Julius Wilson es en verdad importante: los sociólogos deben centrar su atención en las implicaciones prácticas y de decisión política que conllevan esos transformaciones de la vida social. Aún si la sociología decidiera seguir siendo abstrusa, tendría que abordar esos grandes temas.

La sociología puede rehacer buena parte de su carácter incisivo en la medida en que el llamado neoliberalismo de diluye en el horizonte junto con el ya desaparecido socialismo ortodoxo. Algunas de las preguntas sobre el tapete son perennes, otras son dramáticamente nuevas. Abordar ambos tipos de interrogantes requiere una saludable dosis de eso que llamaba C. Wright Mills la «imaginación sociológica». Sociólogos: !no hay que desesperar!; tenemos todo un mundo por ganar, o por lo menos por interpretar.

En defensa de la Sociología

Anthony Giddens

Resumen

Tomado del libro del mismo nombre (*In defence of sociology. Essays , interpretations and rejoinders)* en éste breve artpiculo el sociólogo inglés, actual Director de la London School of Economics, se plantea de nuevo al antiguo interrogante acerca de la validez y aplicabilidad del conocimiento sociológico, en un moemento de perplejidad, como el actual. Autor de una obra muy variada, Giddens se muestra familiarizado tanto con el legado clásico de la disciplina, como con sus requerimientos prácticos y actuales, a la vez es un buen conocedor de las oreintaciones y énfasis disciplinarios de Norteamérica y del continente europeo.

Abstract

Taken from the book with the same title *(In defence of Sociology- essays, interpretations and rejoinders)* in this article the British sociologist, director of the London School of Economics, poses again the old question about the validity an applicability of sociological knowledge. Giddens appears very familiar with both the classical legacy of our discipline and with its practical requirements, but at the same time, he is acquainted with the European and North-American currents of thought, and he is as actual and analytical as ever.